

Cuentos de barro, de Salarrué

La brasa ⁽¹⁾

En la cumbre más cumbre del volcán, allá donde la tierra deja de subir buscando a Dios; allá donde las nubes se detienen a descansar, Pablo Melara había parado su rancho de carbonero. Medio rancho, media cueva, en una falla del acantilado aquel nido humano se agazapaba. De la puerta para fuera empezaban las laderas a descolgarse, terribles, precipitadas en deslizones bruscos, abismándose, rodando, agarrándose *aflegidas*. Los pinos enormes, eran nubes oscuras entre las nubes; humazos negros entre la niebla. Mecían al viento, lentamente, sus enormes cabezas, como si oyeran una música dulce salida de lo gris y de lo frío. Las ramas *chiflaban* tristemente llevando en ritmos nasales una melodía de *inmensidad*. Era la cumbre una isla en el cielo y el cielo un mar de viento. En las noches tranquilas, como por alta mar, pasaba silenciosa la barca de la luna nueva. A veces el horizonte fosforecía.

El carbonero iba apilando los leños en *pantes* enormes. De cruz en cruz formaba una torre como un faro que en las noches largas, llenas de ausencia, ardía, ardía roja y palpitante, señalando el rumbo a los barcos de silencio con sus grandes velámenes de sombra.

Solo y negro en la altura, el carbonero iba viviendo como en un sueño. Tenía un perro mudo y una gran tristeza. Acurrucado y friolento, encendido siempre el *puro* y el corazón, se estaba allí mirando el abismo, sin remedio. Como a los *pantes* de leña oscura, la brasa del corazón le iba devorando las entrañas y aquel resplandor de misterio se le iba subiendo a la *conciencia*.

Una noche, *aflegido*, lió sus trapos y se marchó *pa* nunca . . .

—Puerca, mano, mei juido dialtiro e la cumbre! Miatracaba un pensar y un pensar . . .

Semos malos

Goyo Cuestas y su *zipote* hicieron un *arresto* y se *jueron* para Honduras con el fonógrafo. El viejo cargaba la caja en bandolera; y el muchacho la bolsa de los discos y la trompa achaflanada que tenía la forma de una gran campánula; flor de *lata* monstruosa que *perjumaba* con música.

—Dicen quen Honduras abunda la plata.

—Sí tata., y por ái no conocen el fonógrafo, dicen . . .

—Apurá'l paso vos; ende que salimos de Metapán tres choya.

—Ah, es quel cincho me viene jodiendo 'lomo.

—Apecháló, no sías bruto.



De izquierda a derecha: Salarrué, Gabriela Mistral y Adolfo Ortega Díaz

Comento

El Salvador da sus sorpresas: a mí me ha dado la de un fermento intelectual admirable, la de la levadura que pone un grupo selecto y que acabará por enludiar al país. No todos están en formación; algunos se hallan formados; son dueños ya de su lengua y aun maestros en algún género. Así este Salarrué, prosista de una originalidad que se podrá apreciar en los cuentos de esta página y persona fascinante en la vida interior que confiesa sin confesar y que le labra la obra del buen modo: de adentro hacia afuera. Antes de ser un escritor ha querido ser un hombre depurado y rematado, artesano lento y seguro de sus potencias.

Gabriela Mistral

San Salvador, Octubre de 1931.

Apiaban para sestar bajo los pinos chiflantes y odoríferos. Calentaban café con ocote. En el bosque de *zunzas* las *taltuzas* comían sentaditas, en un silencio nervioso. Iban llegando al Chamelecón salvaje. Por dos veces *bían* visto el rastro de la culebra *carretía*, angostito como *fuella* de *pial*. Al *sesteyo*, mientras masticaban las tortillas y el queso de Santa Rosa, ponían un *fostró*. Tres días estuvieron andando en lodo, atascados hasta la rodilla. El chico lloraba, el *tata* maldecía y se *reiba* sus ratos.

El cura de Santa Rosa había aconsejado a Goyo no dormir en las galeras, porque las pandillas de ladrones rondaban siempre en busca de *pasantes*. Por eso, al crepúsculo, Goyo y su hijo se internaban en la montaña, limpiaban un puestecito al pie *diún palo* y pasaban allí la noche, oyendo cantar los *chiquirines*, oyendo zumbiar los zancudos *culuazul*, enormes como arañas, y sin atreverse a resollar, temblando de frío y de miedo.

—Tata: brán tamágases? . . .

—Nóijø, yo ixaminé el tronco cuando anohecía y no tiene cuevas.

—Si juma, jume bajo el sombrero, tata. Si miran la brasa nos hallan.

—Sí, hombre, tate tranquilo. Dormíte.

—Es que currucado no mé puedo dormir luego.

—Estiráte, pué . . .

—No puedo, tata, mucho yelo . . .

—A la vida con vos. Cuchuyáte contra yo, pué . . .

Y Goyo Cuestas, que en su vida había hecho una caricia al hijo, lo recibía contra su pestífero pecho, duro como un *tapezco*; y rodeándolo con ambos brazos lo calentaba hasta que se le dormía encima, mientras él, con la cara *añudada* de resignación, esperaba el día en la punta de cualquier gallo lejano.

Los primeros *clareyos* los hallaban allí, medio congelados, adoloridos, amorrados de cansancio; con las feas bocas abiertas y babosas, semi arremangados en la *manga* rota, sucia y rayada como una zebra.

Pero Honduras es honda en el Chamelecón. Honduras es honda en aquellas soledades, Honduras es honda en el silencio de su montaña bárbara y cruel; Honduras es honda en el misterio de sus terribles serpientes, jaguares, insectos, hombres . . . Hasta el Chamelecón no llega su ley; hasta allí no llega su justicia. En la región se deja—como en los tiempos primitivos—tener buen o mal corazón a los hombres y a las otras bestias; ser crueles o magnánimos, matar o salvar a libre albedrío. El derecho es claramente del más fuerte.

Los cuatro bandidos entraron por la palizada y se sentaron luego en la plazoleta del rancho, aquel rancho náufrago en el cañaveral cimarrón. Pusieron la caja enmedio y probaron a conectar la bocina. La luna llena hacía saltar *chingastes* de plata sobre el artefacto. En la mediagua y de una viga, pendía un pedazo de venado *olisco*.

—Te digo ques fológrafo.

—¿Vos bis visto cómo los tocan?

—Ajú... En los bananales los ei visto... Yastuvo.

La trompa trabó. El bandolero le dió cuerda, y después, abriendo la bolsa de los discos, los hizo salir a la luz de la luna como otras tantas lunas negras.

Los bandidos rieron, como niños de un planeta extraño. Tenían los *blanquillos* manchados de algo que parecía lodo, y era sangre. En la barranca cercana, Goyo y su *zipote* huían a pedazos en los picos de los *zopes*; los armadillos habíanles ampliado las heridas. En una masa de arena, sangre, ropa y silencio, las ilusiones arrastradas desde tan lejos, quedaban abonadas talvez para un sauce, talvez para un pino.

Rayó la aguja, y la canción se lanzó en la brisa tibia como una cosa encantada.

(1) Dice Gabriela Mistral que en este cuento está toda la magia de la cordillera.